

“La Santa”

CUANDO, hace tres o cuatro años, Eduardo Manet llevó a escena “Scherzo”, la sencillez, la lozanía y la gracia de aquel primer ensayo dramático causaron excelente impresión en la crítica habanera. Después, algo sobre una infanta y unos ojos verdes, concebido sobre estilizadas líneas de viejo cuento feérico, si bien evidenciaba cierta fragilidad dorsal, mostraba intactas las posibilidades imaginativas y líricas que “Scherzo” había hecho conocer. Eduardo Manet tomó luego por los rumbos de la dirección dramática y de los experimentos del teatro de titeres. Y por último, impulsado por una vocación que parece mostrarse muy firme, partió rumbo a Europa para cursar estudios escénicos bajo la dirección de Jean Louis Barrault.

Desde allá, Manet acaba de enviar a La Habana un libreto que manos amigas hicieron llegar a las nuestras, proporcionándonos con ello una legítima satisfacción. Europa, inapreciable para los aprendizajes artísticos de cualquier orden, tiene para los jóvenes costados peligrosos. Sobre todo hoy, en París, donde a las “modas” y banderías de grupo que han existido siempre se unen ahora el ocaso, todavía combativo, de la boga “existencialista” que desde allí se esparció por el mundo como melítico aire intelectual de postguerra, así como el perfil más decadentista, más corruptamente moribundo de las burguesas manifestaciones de la “intelligentzia”.

Cierto que París es también una espléndida floración de hervidumbres revolucionarias. Pero, por desdicha, el antillanito o la antillanita que allá llegan acicateados por inquietudes artísticas, sólo en contados casos miran hacia eso, dejándose aprisar casi siempre por la bohemia de Saint Hermain des Pres.

Y existe, también, el riesgo del deslumbramiento europeizante, donde el cosmopolitismo acecha bajo hipócrita apariencias de universalidad.

Por todo esto hay que regocijarse cuando un joven teatrista de prometedoras aptitudes remite desde París a La Habana una pieza como “La Santa”, que tal parece fraguada por quien, en la boca del Morro, ha estado contemplando el actualísimo y penoso espectáculo de las mágicas curas de Clavelito con su vaso de agua magnetizada. Lo que quiere decir que el fenómeno que Eduardo Manet, en su obra muy campesina y muy criolla, sitúa en 1920, puede ser todavía en Cuba un hecho capitalino treinta años posterior, gracias a la ignorancia, a la miseria y a la desesperación de un pueblo que, en sus capas más retrasadas, busca en el milagro un asidero vital. Si Manet, en París, ignora a Clavelito, “La Santa” ha sido un buen golpe de coincidencia perspicaz; si el autor tuvo noticias del aconteci-

miento, su obra revela un interés y una atención por su realidad isleña muy dignos de aplausos: síntomas de que Europa ha sido abordada no como un medio para transportaciones espirituales sino como un concreto vehículo útil; de manejos técnicos, de experiencia de anchos horizontes, para un enriquecimiento de medios tratadores de nuestra realidad cubana.

“La Santa”, además, marca en el autor de “Scherzo” un cambio de progreso. El teatro poético, cuyo valor no puede menosarse, pero que sirve con frecuencia como escudo de debilidades en lo dramático puro, es aquí abandonado para dar paso a una aspiración realista que abarca lo mismo el tema que el diálogo, sin que esto quiera decir que se abandonan recursos poéticos de montaje que inclusive pueden ir a dar en lo pantomímico, en una fecha determinada, en un color nacional preciso y busca su pretexto temático en un hecho que, como hemos mencionado, si bien no es exclusivo de Cuba, estuvo y continúa estando bien presente en nuestra realidad. Y desenvuelve todo esto con innegable sentido satírico que fija su postura crítica.

Sería posible, quizás, y aun aconsejable, buscar en el primer cuadro una simplificación del trío de decorados ya que, en realidad, uno apenas se usa para una sugerencia. Sería posible, también, y también aconsejable, reforzar, en el diálogo que se teje en torno a la escena del juego de dados, la pintura del hambre y del desaliento que ninan el tuétano del pueblo cubano favoreciendo la fructificaciones de curanderismos y supersticiones, lo que prepararía mejor lo subsiguiente y redondearía una escena que ya plantea muy bien el problema de ignorancia analfabeta que, sin duda, es un básico costado del asunto, pero no su única razón explicadora. Pero todos estos son —como otros— detalles que no impiden que, sin ellos, “La Santa” sea, en el camino de Eduardo Manet como autor dramático, un buen logro.

Este joven autor, que continúa aun sabiamente apegado a breves formas dramáticas y a motivos sencillos, parece encaminarse de los fantasioso a lo real: parece dirigirse ya hacia la entraña determinada y precisa de lo nacional, como si la lejanía fuese a prestarle para lo natal esa visión panorámica, de conjunto, que se logra cuando, al apartarse del árbol, este deja de tapar el bosque.

En este sentido “La Santa” es un signo alborozante hacia el cuajamiento de ese teatro nacional, de auténticas savias nativas, que es el único camino verdadero para la consecución de una dramática cubana de alta calidad y de significativa influencia en el desarrollo de nuestra cultura.